

CHRIS WOMERSLEY

**POR MAL**

**CAMINO**



*Colección Pulpo Negro*

ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*The Low Road*  
Scribe  
Melbourne, 2007

1ª EDICIÓN: DICIEMBRE 2013

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
www.espop.es

© 2007 by Chris Womersley  
© 2013 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2013 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:  
Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:  
Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-940298-6-8  
Depósito legal: M-30593-2013

Este proyecto ha contado con la ayuda del Gobierno Australiano a través de The Australia Council for the Arts, su organismo para la subvención y el asesoramiento de las artes.



*Para mi madre, mi hermano y mi hermana,  
que saben algo sobre los caminos que he transitado*



El carácter de un hombre es su destino.

—Heráclito, *Sobre la naturaleza*



# PARTE UNO

En ocasiones yacían echados en sus camas, contemplaban las marcas del techo y meditaban sobre sus vidas, preguntándose cómo habían acabado allí.



Lee se despertó lentamente, emergiendo a la conciencia desde profundidades aparentemente oceánicas. Casi el sueño de un despertar, trémulo e irresoluto. La habitación estaba en calma, como esperando amoldarse a él. Permaneció echado en la cama con los ojos cerrados por detrás de párpados temblorosos, como un gólem arrinconado, agarrotado y añejo.

Cuando era niño se pasaba las noches echado en la cama asustado por algo, asustado por todo, e intentaba respirar de tal modo que lo que fuese que acechara allí fuera no se percatase de su presencia en la oscuridad. Sólo aspiraciones y exhalaciones superficiales. Como si pudiese permanecer invisible a los fantasmas que erraban por las carreteras y caminos poco frecuentados de la noche en busca de niños a los que devorar. Hubo incluso una etapa, cuando contaba unos catorce años, durante la cual se despertaba con la sensación de que la noche en su totalidad, tras haber sido arrancada de sus goznes, flotaba dando vueltas en el espacio. Cuando aquello sucedía, su hermana, Claire, aparecía junto a su cama, le ponía con firmeza una mano en cada hombro y esperaba hasta que dejaba de gimotear. No le decía ni una palabra. No había, los dos lo sabían, nada que decir. No después de todo lo que había sucedido.

Y ahora Lee intentó permanecer lo más inmóvil posible, para hacerse pequeño en el universo, convencido de que la potencial perturbación provocada por su despertar podría emanar en ondas hacia el exterior y determinar el modo en el cual sería vivido aquel día. Necesitaba hacerlo de la manera correcta. Permaneció inmóvil un rato más. Un aire cálido murmuró en sus pulmones. Se relamió los labios resecos y despellejados.

Al cabo de un rato se permitió respirar con mayor regularidad y abrió los ojos. El cuarto desconocido tenía un matiz sanguinolento de luz tempranera filtrada a través de una delgada cortina de gasa. Pintura amarilla mugrienta en la pared, marcos de ventana de aluminio. A juzgar por su aspecto, una habitación de motel.

Notaba su cuerpo como si hubiera sido construido con materiales distintos a hueso y pellejo, algo marcadamente más industrial, como cable y lienzo. Pedazos de madera mal encajados, trastos rapiñados junto a la carretera y pedazos mal cortados de cinta aislante. Un dolor sordo y amargo se había alojado en sus articulaciones y Lee cobró conciencia de un hueco en su cuerpo donde normalmente habría residido la memoria, una especie de sólida persistencia, aunque de qué exactamente no habría podido decirlo.

Sintió que llevaba allí muchísimo tiempo, tumbado en la cama, vestido con prendas manchadas de sangre, esperando a que su vida regresara a él, esperando a que su situación cobrase un sentido. ¿Habían pasado días o simplemente horas? Ocasionalmente, una mujer mayor farfullaba algo acerca de la habitación. Se inclinaba sobre él y parecía escuchar su respiración. Comprobando que seguía vivo. Olía a cigarrillos y a polvos de talco.

Ahora, solo, Lee contempló el techo. Una espera siempre conlleva posibilidades, pero en su caso ni siquiera estaba convencido de que aquello fuese una espera. Oyó el rumor del

tráfico lejano, voces ocasionales que hablaban en las cercanías. Una mujer gritó, como llamando a un perro. La cortina, movida por el viento, salió por la ventana y ondeó en el exterior, hinchándose con la promesa de la vida. ¿Es esto lo que se siente cuando aún no has nacido? Todo estaba echado a perder. Si no lo había estado antes, sin lugar a dudas lo estaba ahora. Lee cerró los escocidos ojos y contempló la oscuridad. Joder.



Aunque fue repentino, a Wild no le sorprendió del todo encontrarse abandonando la casa que durante tanto tiempo había compartido con su esposa e hija. De todos modos, hacía tiempo que había perdido el norte del hombre que se suponía que debía ser. Incluso marcharse en mitad de la noche encajaba ahora con su carácter y se consoló con la idea de que todos los demás habían huido, desde el primero hasta el último, así que, ¿por qué no debería hacerlo él? Pero en el fondo sabía que algunas marchas no tenían solución, y aquella era una de ellas.

Se desplazó por la casa gris, con las luces apagadas, esquivando los muebles y doblando las esquinas, guiándose únicamente por el tacto y la memoria. A través de la puerta del cálido dormitorio y a lo largo del estrecho corredor con sus enmarcadas fotografías de vida familiar en blanco y negro: Alice como infante malhumorada, el prototipo de la adolescente en la que con el tiempo se había convertido; Jane junto a un acantilado azotado por el viento en Grecia. A la derecha, el estudio de Wild, emanando su reconfortante olor a tinta y papel, con sus cientos de libros pugnando por el espacio en las estanterías: libros de medicina, monografías

de artistas, biografías, poesía. Tantos libros que en el suelo se alzaban torres vacilantes de ellos, esperando a ser clasificados. Toda aquella sabiduría, que de tan poco le servía ahora.

Metió algo de ropa en un cabás, amontonó tantos suministros médicos como fue capaz de reunir, apagó las luces y cerró la puerta. Cuando miró entornando los ojos el espejo retrovisor mientras se alejaba, apenas alcanzó a ver una magulladura de humo gris despedido por el tubo de escape que quedó colgando del cielo nocturno.

Wild durmió dos noches en el asiento trasero del coche antes de inscribirse en un motel situado en los ajados lindes de la ciudad, donde los edificios son prácticos y apenas se alzan sobre el suelo. Sabía que debería intentar llegar más lejos, pero no estaba seguro de hacia dónde dirigirse. Nunca se había dado a la fuga con anterioridad. Además, sólo sería una noche. Únicamente el tiempo necesario para poder pensar.

La bruja de recepción lo escudriñó durante un rato largo desde detrás de su nube de humo de cigarrillo antes de guiarlo hasta una habitación en el primer y último piso. No tuvo que rellenar ningún impreso.

Soy Sylvia, se presentó ésta por encima del hombro. Dirijo este local.

Wild asintió. ¿Dónde está el parque?

¿Qué?

¿El parque? ¿No se llama esto Parkview Motel?

Sylvia le ignoró. Tosió en un puño y enumeró los alicientes en tono monótono y arrastrado. Aunque el televisor es en blanco y negro, recibe la mayor parte de los canales. Sólo tiene que toquetear un poco la antena si se pone tonta. Agua caliente. La hora de salida son las diez de la mañana. Tanta paz y tranquilidad como sea capaz de soportar. Cuarenta dólares por noche, dijo, mientras Wild dejaba su cabás sobre la hundida cama. Sólo efectivo. Por adelantado.

Wild le entregó el alquiler de dos noches. Sylvia contó el dinero, gruñó y se marchó sin cerrar la puerta. El sonido y el ritmo de sus zapatillas mientras se alejaba arrastrando los pies por el pasillo de cemento fueron propios del papel de lija.

Wild se rascó la barba rala y paseó la mirada por la diminuta habitación de motel. Olía a ancianidad. Un par de polillas y moscas disecadas yacían enroscadas sobre el alfeizar de aluminio. Abrió el armario y estudió las tintineantes perchas metálicas. La alcachofa de la ducha goteaba sobre el plato de baldosas, remachando una especie de misteriosa y monótona afirmación.

Wild se había alojado en muchos moteles a lo largo de su vida. Normalmente, los primeros escasos momentos le ofrecían la carga erótica de encontrarse en un lugar nuevo y privado, donde uno podía saltar sobre la cama y eructar sin reproches, masturbarse viendo a las actrices de exagerados peinados de los culebrones diurnos y darse duchas de media hora. Aquel lugar no. Normalmente, Wild encendería el televisor en busca del consuelo de un murmullo tecnológico ambiental, pero estaba seguro de que allí no le serviría de nada. Era mejor, razonó, reservar algún desengaño para más tarde.

En el cuarto de baño, se humedeció la cara con agua fría y tiró de la cadena del retrete sólo por hacer algo. Las cañerías gimieron mientras la cisterna se volvía a llenar como si una enorme y afligida criatura hubiera quedado incrustada en los cimientos. Su cabás negro de médico descansaba sobre la cama. No recordaba haber hecho la maleta y se preguntó si habría traído ropa o artículos de aseo suficientes. Suficientes ¿para qué? Hacía frío.

Salió a la pasarela con vistas al aparcamiento y descansó apoyando las manos sobre la húmeda barandilla. En la distancia se extendía una implacable gramática urbana de azoteas, antenas, cables y luces parpadeantes. Una bandada de pájaros se alzó y trazó un arco frente a las nubes, como un puñado de pimienta.

Desde una habitación cercana, un locutor describía quejumbrosamente una carrera de caballos.

El mundo está lleno de este tipo de lugares, pensó Wild. Los suburbios que orlan cualquier ciudad de un determinado tamaño suelen tener siempre el mismo aspecto. Entornos de medio uso. Lugares de fracaso, sospecha y abandono. Aparcamientos que zumban en sus silencios fluorescentes, todo ángulos y bloques de oscuridad. Cintas de autopista que se desenmarañan atravesando barrios. El hedor de la desventura doméstica y una refriega de latas de refresco bajo los asientos metálicos de la parada del autobús. Siempre hay una estación de ferrocarril abandonada con tramos de vía oxidada tirados entre la larga y húmeda hierba. El quiosco de un parque local en el que, una vez, una cría fue violada por un grupo también de críos. Los aeropuertos con sus subsonidos de televisores e idiomas de los que uno llega a ser consciente mediante otros sentidos al margen del oído, un proceso de absorción corporal, como una fotografía que se revela en una bandeja. Centros comerciales, iglesias. Hostales con sus congregaciones de hombres itinerantes. No es que aquí no sucedan cosas, es sólo que suceden otro tipo de cosas y a otro tipo de personas. Y ahora, quizás, yo soy una de esas personas, pensó mientras se mordisqueaba la uña de un pulgar.

Wild podría haberse permitido un lugar más salubre, pero el Parkview era apropiado para él en modos que únicamente era capaz de articular vagamente. Regresó al interior de su habitación y cerró la puerta. A nadie se le ocurriría buscarle allí. Podría mantenerse oculto. Además, si iba a escapar de un castigo, ¿no podría ser que se mereciera otro?

Se sentó en ropa interior en la única silla de la habitación y devoró una barrita de chocolate. Tantos tipos de hambre, pensó. Era un fenómeno de múltiples cabezas.

Sintió la precisión orgánica de miles de cabellos alzándose al unísono por todo su cuerpo. Horripilación o *cutis anserina*. Las



palabras latinas para «piel» y «ganso». Los músculos *arrector pili* entrando en acción bajo la piel en respuesta al frío o a un temor intenso, el cuerpo reaccionando al margen de sus instrucciones, haciendo lo que le parecía más apropiado. Wild se rascó la generosa barriga y se preguntó cuál de las dos cosas sería. Frío o miedo. Ambas, lo más probable. Para pasar el rato intentó pensar cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que practicó el sexo. ¿Sería capaz siquiera de recordarlo? Dios, debía de haber sido hacía más de un año. Se olfateó la axila. Necesitaba darse una ducha.

Como cualquier individuo que entra en caída libre, Wild había sido la última persona en darse cuenta. Aquellos que lo rodeaban asintieron con simpatía, escondieron las carteras y perdieron su número de teléfono. Wild había cedido la iniciativa, se había convertido en alguien a quien simplemente le suceden cosas. Contabilizó todo lo que había perdido. Parecía una montaña. Pensó en su esposa e hija, en cómo pondrían los ojos en blanco la una frente a la otra cuando se enterasen de aquella, su última hazaña. Ahora sí que la he hecho buena, pensó con morbosa satisfacción. Si antes no hubiera estado en un buen aprieto, ahora sin duda sí que lo estoy.

Uno o dos días más tarde, Wild estaba sentado en la cama cuando alguien llamó a su puerta. A su lado, en la mesita de noche, había envoltorios de comida, un cepillo de dientes, ampollas de vidrio vacías y un puñado de monedas. Llevaba algún tiempo así sentado, más o menos cavilando. Un escritor al que leyó en sus tiempos de universitario mencionaba el embriagador placer de contemplarse los dedos de los pies durante horas sin parar. En aquel entonces le había parecido divertido y bohemio. Ahora ya no le parecía nada en particular.

Se incorporó en la cama y miró de hito en hito la puerta cerrada. Se pasó la lengua por encima de los dientes frontales, que

se empujaron unos a otros como una fila de mendigos. Apenas se atrevía a respirar. Se llevó el cabás al pecho y se dirigió a la puerta, preparándose para algo, sin estar exactamente seguro de para qué. ¿De verdad pensaba ser capaz de escapar a la carrera, por el amor de Dios?

Pegó la oreja a la astillada puerta. Olor a humo de cigarrillo. Seguramente, si se tratase de la policía, tendrían que anunciarse como tal, ¿verdad? ¿Tenían permitido fumar? Wild intentó recordar qué fue lo que había sucedido la última vez —la única otra vez— que la policía había acudido a su puerta. ¿Hicieron todo el número de «Abra, policía» o fueron más discretos? Vaya con su gran evasión. Había llegado a su dramática conclusión al cabo de tan sólo dos días.

Se repitió la llamada, esta vez seguida por una voz de mujer. ¿Señor Wilde? ¿Está usted ahí?

Era Sylvia. ¿No tenía un motel que dirigir?

Wild suspiró, aliviado. Sí.

Oyó un ruido de arrastrar de zapatillas sobre el cemento de la pasarela exterior. Wild pegó un ojo a la rendija entre la puerta y la jamba, pero sólo alcanzó a ver la escasa y vacilante luz del día al otro lado. Al menos Sylvia parecía estar sola. Finalmente abrió un poco la puerta y asomó la cabeza, parpadeando frente a la luz matutina.

Sylvia se apoyó contra la barandilla metálica con un cigarrillo entre los dedos, junto a la boca. A la luz del día, Wild se percató de que su sombra de ojos era de color aguamarina.

Sylvia miró a Wild de arriba abajo y sonrió, revelando una colección irregular de dientes. ¿Qué tal se está acomodando?

No había nadie más a la vista. Bien. Gracias. Esperó. ¿Hay algún problema?

Sylvia se rascó el cuello con sus largas uñas y tosió. No exactamente. Aunque me debe algo de alquiler. Se paga por adelantado, ¿recuerda? Pero escuche, necesito pedirle una especie de favor.

Wild se pasó una mano por los despeinados cabellos y luego por la cara, intentando alisar su colección de arrugas. Reacio a dar demasiado, se encogió de hombros, pero no dijo nada. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿De verdad podían haber pasado un par de días desde su llegada?

Sylvia le observó escrutadoramente. Tengo un tipo, dijo echando a un lado la cabeza para señalar una habitación cercana. Necesita ayuda.

¿Qué clase de ayuda?

Más bien... médica. Y dejó caer la colilla y la aplastó antes de arrojarla sobre el borde de la pasarela con la punta de su zapatilla.

Wild miró a su alrededor. La puerta seguía sólo parcialmente abierta, lo justo para permitir que su cabeza asomara, como la de una tortuga, al frío aire de la mañana. Un pánico vago zumbó en su interior, la insinuación de algún tipo de caos. No le gustó ni un pelo cómo sonaba aquello. ¿Ayuda médica?

Sí. Tiene un pequeño...

Lo siento, pero ¿qué le hace pensar que pudo ayudarla? ¿Ayudarle?

Bueno. Usted es médico, ¿no?

Wild se preguntó qué podría haberle dicho a aquella mujer para darle tal impresión. Sus recuerdos del momento en el que se registró eran nebulosos. ¿A lo mejor había anunciado su título de alguna manera u otra? ¿Habría firmado como Dr. Wild? Cualquier cosa era posible. Se frotó la punta de la nariz y comenzó a cerrar la puerta, centímetro a pequeño centímetro, con la vana esperanza de que la mujer ni siquiera se diese cuenta. Franca-mente no creo ser la persona adecuada para este asunto. Haría mejor recurriendo a otro. Alguien más apropiado.

Pero usted *es* médico.

Wild levantó una palma. Bueno... sí. No. En realidad no. Digamos que he... terminado con esa parte de mi vida. Lo siento, pero creo que tengo que mantenerme al margen de esto.

Sylvia adelantó una mano huesuda para impedir que la puerta se cerrase. Wild se sintió curiosamente indefenso, casi pudo ver el modo en el que se iban a suceder los acontecimientos incluso mientras únicamente estaban comenzando a ocurrir.

El caso es, dijo Sylvia en voz baja, que no quiero tener que llamar a la policía ni nada de eso. El tipo en cuestión está malherido y no estoy segura de cómo ha llegado hasta aquí y parece que lo mismo se... En fin, no dejaría de ser una desgracia que eso ocurriera y, bueno, a mí no me duelen prendas si la policía viene aquí a husmear, dirijo un negocio decente, pero ya sabe —llegado aquel punto clavó sus pétreos ojos en Wild—, a otras personas puede que no les hiciera gracia la idea, ¿entiende lo que le quiero decir?

Un frío golpe de brisa tembló en su cara. Por un segundo, sólo un segundo, Wild intentó tomarle la medida a aquella mujer que tenía delante. Al final asintió lentamente y siguió a Sylvia hasta una habitación situada a varias puertas de distancia de la suya.

La habitación estaba sumida en las sombras. Sobre la cama descansaba una forma que parecía equipaje. Sylvia esperó junto a la puerta, bloqueando la única vía de escape. Wild entró titubeante y, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, se percató de que la silueta sobre la cama era la de un hombre joven, de quizá veintitrés o veinticuatro años. Vestía una chupa de cuero sobre una camiseta azul, cuya parte inferior estaba manchada y reluciente de sangre. Respiraba entre jadeos.

Sylvia pasó rozándose junto a Wild y se inclinó sobre el hombre de la cama. Escuchó su respiración y se volvió para mirar a Wild, que se mantuvo cerca de la puerta. ¿Y bien? ¿A qué está esperando? Aquí lo tiene. ¿Necesita una invitación por escrito o qué?

Wild dio un paso hacia la cama mientras Sylvia cerraba la puerta y encendía la lámpara del techo. Toda la escena asustó a Wild: aquel individuo supino con los pies perfectamente juntos

como un santo; la atmósfera cargada y salobre. Sylvia rondaba detrás de él, esperando y observando. Wild temió que supiera demasiado y tal pensamiento le hizo sentirse incómodo. Una vez más, ella le dijo que se apresurase y finalmente Wild cruzó vacilante la habitación hasta la cabecera de la cama.

El paciente lo recibió aleteando los párpados. Sólo era un muchacho, en realidad. Con el índice y el pulgar, Wild levantó la camiseta hinchada de sangre e inspeccionó la zona en la que parecía herido. Hizo una mueca. Había mucha sangre, extendida pringosamente sobre el estómago del muchacho, pero sobre todo en su costado izquierdo. En mitad del mismo, debajo del costillar, un pinchazo negro ligeramente más grande que una tachuela.

Jesús. ¿Le han...?

Sylvia asintió.

¿Con qué, exactamente?

A mí todas las pistolas me parecen iguales, amigo.

Wild hizo un mohín de disgusto con los labios y escudriñó el estómago del chico antes de permitir que la camiseta cayese con un sonido embarrado. Se limpió las manos en los pantalones. Bueno, si le han disparado no puedo hacer nada.

Sylvia se sacó algo de la lengua y cruzó los brazos por encima del pecho. Vamos, hombre. Puede hacer algo más que echarle un condenado vistazo. En su estado no creo que vaya a hacerle ningún daño. Su voz tenía el ligero ceceo de una radio mal sintonizada.

Wild suspiró. Los insectos proferían sonidos exquisitos al chocar contra la bombilla desnuda sobre su cabeza. Ignorando los gemidos de dolor del muchacho, hizo lo que se le decía. Nuevamente le alzó la camiseta y después lo hizo rodar con toda la delicadeza de que fue capaz hasta dejarlo de costado, para inspeccionarle la parte inferior de la espalda antes de devolverlo a su posición anterior. Le alivió en cierto extraño

modo que su incapacidad para ser útil no fuese un asunto de reticencia o incompetencia, sino más bien de una naturaleza puramente práctica.

No puedo hacer nada. Por lo que he podido ver, no hay herida de salida, lo que significa que la bala sigue alojada en su cuerpo. Debe ser extraída. No es mi especialidad. Necesita llevarle a algún lugar donde pueda ser operado. ¿Le dispararon aquí? ¿En la... suite de lujo?

Sylvia se encogió de hombros. No. No sé dónde. Alguien lo dejó aquí anoche.

¿Lo dejó?

Sí. Cosas que pasan.

¿Le conoce?

En realidad no. Sólo de verle por ahí. Se llama Lee. Sylvia sacó un paquete de cigarrillos de un pliegue entre la ropa y lo encendió. ¿No puede hacer *algo*?

Wild contempló el cuello de gallina de Sylvia y sus mejillas apergaminadas. Podía tener cualquier edad entre cincuenta y cien años. Una de esas personas que, al no encontrar utilidad alguna para la juventud, emergen directamente en la madurez. Nacida en los arrabales, fuma desde los cinco años, lleva dirigiendo este motel desde siempre. Wild recordó el mito griego del oráculo al que se le concedió la vida eterna, pero que seguía sujeto al envejecimiento mortal, por lo que fue menguando con el tiempo hasta hacerse tan pequeño como para caber en una tinaja colgada de un árbol.

¿Dónde está su maletín?, preguntó Sylvia.

¿Qué?

Su. Maletín.

Wild alzó las manos en un último intento de disuadir a aquella arpía empeñada en involucrarle. Mire. No soy médico. Quiero decir, sí que lo soy, pero... Aquí no puedo hacer nada por este chaval. Tendrá que llamar a alguien. Pida una ambulancia o algo.

No. *Usted* tendrá que hacer algo.

Esforzándose por mantener alejado el pánico de su voz, Wild redujo el timbre de la misma. Mire, señora. No sé de dónde ha sacado usted la información, pero a pesar de que podría ser cierto que tengo ciertos conocimientos de medicina, no estoy preparado de ningún modo, manera o forma para tratar con algo como esto. Era médico de cabecera, por el amor de Dios. Si el muchacho se hubiese roto un brazo o necesitase la antitetánica o incluso si tuviese una uña encarnada, podría hacer algo por él, pero ¿esto? No. Incluso aunque no me viniera grande, *seguiría* viniéndome grande.

¿Y qué pasa con ese juramente que tienen que hacer todos?

Wild suspiró. Sylvia no era, evidentemente, alguien a quien menospreciar, por mucho que tuviera mil años. ¿Y cómo porras era posible que hasta el último mono y su perro hubieran oído hablar del juramento hipocrático? Aquella mujer le estaba irritando sobremanera. Wild nunca debería haber abierto la puerta. Nunca debería haber ido a aquel motel cutre. Debería haberse quedado sólo una noche. Había muchas cosas que no debería haber hecho. Podía remontarse bastante al pasado siguiendo aquel hilo de pensamiento, pero de nada le ayudaría regresar al lugar en el que todo se torció, si es que tal lugar existía.

Es una larga historia.

Sí. Siempre lo es, rey. ¿No se le ocurre ningún lugar adonde llevarle? ¿Algún conocido suyo?

Vaya. ¿Qué tal un hospital? Wild se limpió las manos en los pantalones y se encaminó hacia la puerta, meneando la cabeza, con la esperanza de transmitir la impresión de que le encantaría quedarse y ayudar, pero que se veía obligado a dejarlo en sus manos. Pasó al lado de Sylvia rozándose con ella.

La mujer se cruzó de brazos. Vamos, amigo. No tiene ningún sentido seguir haciéndose el digno y el importante. Mire a su alrededor. Ustedes dos tienen más en común de lo que a usted le

gustaría pensar. No nació ayer. Estoy convencida de que es posible oler el crimen en un hombre y ustedes, muchachos, necesitan un buen fregoteo *los dos*.

Wild titubeó con la mano sobre el picaporte. ¿Adónde quiere llegar a parar exactamente?

He oído hablar de usted. El «médico yonqui», le llaman ahora.

Wild se volvió para enfrentarse a ella. ¿Ha oído hablar de mí? ¿El *qué*?

Leo los periódicos. Sí. Se ha metido en un pequeño lío, me parece a mí. Un hombre como usted debe de conocer algún sitio donde un hombre como Lee pueda obtener un poco de ayuda. Mire, simplemente lléveselo de aquí de una puta vez y deje de tomarme por el pito del sereno. He intentado ser amable, pero hablemos claro: usted me debe dinero y yo necesito un favor. Sé que se ha dado a la fuga, botarate. Ese chico no va a morir en una de mis habitaciones. Me niego en redondo. Y no soy una persona a la que convenga buscarle las cosquillas.

Eso estoy viendo.

No se pase de listo.

Wild se rascó la garganta con las uñas mordisqueadas. El muchacho arqueó la espalda sobre la cama y musitó algo. Se me ocurre un sitio al que podría llevarle. En los llanos. Un viejo médico amigo mío. Un tipo llamado Sherman. Solía ir mucho allí para... Solía ir allí, pero han pasado un par de años desde la última vez que estuve. No estoy seguro de que aquello siga siendo seguro.

Ningún sitio es seguro hoy en día.

No. Supongo que no.

¿Dónde está su maletín?

¿Qué?

Su maletín. Quizá quiera vendarle un poco o algo antes de marcharse.

Wild suspiró. Está en mi habitación. Iré a por él.



Ya voy yo.

No, está bien, iré...

No estoy siendo atenta, amigo. Ya voy yo. No se mueva de aquí.

Wild permaneció donde estaba. Evitó mirar al muchacho sobre la cama y se concentró en cambio en seguir los avances de una cucaracha que subía por el rodapié, deteniéndose aquí y allá para evaluar el aire o lo que fuese con sus antenas. *Sobrevivirán a la bomba*, dicen de las cucarachas. Pobres cabronas.

Sylvia regresó un minuto más tarde con su cabás y se lo tendió antes de cerrar la puerta. Wild se acucilló junto a la cama y preparó una inyección de morfina. Extrajo el líquido de una ampolla con la jeringuilla y le dio unos golpecitos al cilindro para eliminar las burbujas de aire. La saliva inundó su boca, un expectante pinchazo de bilis.

¿Le va a inyectar todo eso? Parece mucho.

Wild se rió mientras se ataba fuertemente una corbata por encima del codo y se dedicaba a acorralar una vena. No. Esto es para mí. Órdenes del médico.

Se metió su dosis, absorbió el algodonoso impacto y comenzó a limpiar la herida de Lee con manos temblorosas. Nunca dejaba de sorprenderle la cantidad de sangre que acarrear las personas en su interior. Litros y más litros. La bala parecía haber quedado alojada bajo la piel, justo por debajo del costillar izquierdo del muchacho. La zona estaba hinchada y muy magullada. Lo más probable era que tuviera un par de costillas rotas, pero puede que se hubiera ahorrado daños graves en el tejido. Casi con certeza padecía una leve hemorragia interna. Wild embadurnó la zona con desinfectante, pero decidió aplicar el vendaje después de que la herida se hubiera secado ligeramente.

¿Se pondrá bien?

Wild se encogió de hombros. Depende de lo que considere usted «bien». En esta fase quizá el mayor peligro sea el de infección. Resulta difícil decir si ha sufrido daños en algún órgano,

aunque supongo que pronto lo averiguaremos. ¿A usted qué mas le da, a todo esto?

Sylvia se alisó el frontal del vestido y profirió un sonido con la garganta. No me gusta ver morir a nadie. Particularmente si es un crío como éste. Ese sitio al que piensa llevarle, ¿está muy lejos?

A un día de trayecto en coche, más o menos.

¿Cuándo tiene pensado salir?

Wild no lo había pensado. Yo esperaría una o dos horas. Cuando empiece a oscurecer. ¿Le parece bien?

Sylvia asintió, con la mirada fija en el muchacho de la cama. Parecía agotada. Sí. Pero no se demore mucho más. Tengo que librarme de estas sábanas y fregar todo el cuarto.

Wild señaló una maleta que descansaba en el suelo, junto a la puerta. ¿Es de él?

Sí.

¿Qué hay dentro?

Sylvia se encogió de hombros. No lo sé.

La nariz y el rostro de Wild se contorsionaron. Los problemas engendran problemas, pensó. Como esos condenados organismos que se dividen y vuelven a dividirse hasta que antes de que puedas darte cuenta hay un millón de millones de ellos. Aun así. Se preguntó por qué no había pensado antes en Sherman. Su casa sería el lugar perfecto donde permanecer una temporada hasta que la situación se olvidase, si es que eso llegaba a ocurrir alguna vez. Casi se sintió animado ante la idea de ver la arrugada y leve sonrisa de Sherman, el modo en el que se restregaba los ojos sin quitarse las gafas redondas.

Se preguntó qué sería de Lee. No parecía probable que fuera a ser capaz de llevarlo hasta casa de Sherman antes de que muriese. En el diminuto cuarto de baño, se lavó la sangre de las manos y se inspeccionó en el espejo. ¿Soy el tipo de persona, pensó, capaz de arrojar a un hombre a la cuneta y seguir conduciendo... o eso todavía está por llegar?

Cuando Wild salió del baño, Lee murmuró, se agarrotó momentáneamente y después se volvió a hundir en la cama. Bajo la funesta luz del atardecer, el muchacho parecía insubstancial, como si estuviera a punto de disolverse entre las ensangrentadas sábanas. Wild detectó una sensación extraña en el interior de su pecho, como un animalillo que se agita en sueños. Era, le sorprendió percatarse de ello, piedad.

Acercó una silla a la cama y se sentó en ella dejando escapar un gran suspiro. Lee, al parecer ahora consciente, se llevó una mano a la cara como para comprobar su existencia. Bajo sus uñas se habían encostrado lunas de sangre reseca.

Sus párpados aletearon y el chico miró primero a Wild y después a Sylvia, paseando la mirada entre uno y otro. Arrugó el entrecejo y jadeó en busca de aire. Creo que no debería estar aquí, dijo al fin, con voz endeble.

Wild se secó la frente con el dorso de la mano. A pesar del frío, tenía la piel empapada en sudor. Créeme. Sé exactamente cómo te sientes.



Con una mano, Lee se tocó cautelosamente el costado izquierdo del torso, donde la escarpa de costillas daba paso a la carne más suave de su estómago. Notó el oscuro calor de una herida de bala y se incorporó hasta quedar sentado para ver mejor. Con una mueca, se levantó la camiseta empapada en sangre, revelando un agujero negro del tamaño de un guisante, ribeteado por una costra mineral de sangre seca. La piel circundante estaba hinchada, sensible. Tenía las manos cubiertas de sangre y los vaqueros cruzados por manchas. Presumiblemente de su propia sangre, aunque no podía estar del todo seguro. Se estremeció con el recuerdo de aquella mujer y el brinco de su pistola. Aquella brusca sacudida de sorpresa. El lento parpadeo de sus ojos. Bang.

Se sentó sobre el borde de la baja cama, para ver cómo se sentía, preparándose para un movimiento algo más arduo. Notó el suelo de sintasol frío bajo los dedos de los pies, casi como si fuera agua, y Lee se relamió los labios. Nada le apetecería más en aquel preciso instante que hundir los pies en el agua de un lago, pero aquello se le antojaba ahora muy, muy

lejano, más remoto que nunca. Apoyando una mano en la cama por detrás de la espalda para equilibrarse, se echó ligeramente hacia atrás para aliviar la presión sobre su herida. Respiró pesadamente y apretó los dientes, ahora completamente alerta ante los regimientos de dolor que desfilaban a través de todo su cuerpo. Contuvo el aliento hasta que el dolor remitió. A lo mejor moriría allí, justo donde estaba.

Se inspeccionó los dorsos de las manos, como sorprendido de encontrarlas allí. Pequeñas y manchadas de sangre. Las giró a la vez, asumiendo sin pretenderlo una posición de súplica tenue. Las líneas se entrecruzaban en sus palmas. Una vez, con su hermana, había visitado a una adivina en una feria rural, una mujer que vestía traje y fumaba en pipa; una mujer que, cuando Lee le preguntó por su futuro, dijo —sin cambiar en lo más mínimo de expresión—: *¿Qué te hace estar tan seguro de tener uno?* Y era su voz, más que cualquier otra cosa, lo que siempre recordaría, un sonido como el de un cuchillo triturando una calabaza. Eso y la expresión de horror en el rostro de Claire mientras lo arrastraba de la muñeca para alejarle de la polvorienta carpa.

La mirada de Lee se desplazó sobre su antebrazo, siguiendo el cremoso tablaje de carne con su diseño sumergido de venas azules, el mapa indescifrable de su arquitectura interna. El funcionamiento de su propio cuerpo era un misterio para él. Volvió a girar las manos y las cerró hasta convertirlas en puños antes de volver a abrirlas, extendiéndolas al máximo. Los tendones y músculos se deslizaron y arquearon bajo la piel, creando diminutos baluartes entre los nudillos; todo un idioma del movimiento, tan desconocido para él como el sánscrito o el griego antiguo, enfrascado en una profunda conversación en el interior de su cuerpo.

Lee se quitó con torpeza la chupa de cuero y la camiseta, las colgó del respaldo de una silla y se dirigió tambaleante hacia el cuarto de baño para inspeccionarse el torso. Bajo la sibilante luz

del fluorescente, pudo ver que la piel alrededor de su herida de bala estaba hinchada, pero también descolorida con lo que parecía ser desinfectante. Alguien le había tratado mientras dormía. Acarició la mixtura amarillenta y se llevó un dedo a la cara. Sus sentidos alumbraron un hospital, un reino de salas y máquinas, de pasillos y acero. Inhaló lentamente, buscando fregonas húmedas y vendas secas, el olor a colada y a brócoli cocido, envueltos en los cuales esperaba oír los chirridos de los zapatos de las enfermeras sobre el linóleo mientras realizaban su ronda nocturna. Lee se restregó las palmas en los vaqueros y se inclinó para beber agua con la mano. El agua sabía a rocío.

Con dedos delgados e inocentes trazó las superficies de su torso, desde la carne huesuda del pecho hasta llegar al estómago, buscando marcas adicionales de violencia o aflicción. Nada. Sólo piel y vello, el inconfundible tejido de la carne humana con su topografía de baches y crestas. Algunos arañazos sin importancia y la cicatriz extrañamente lustrosa de un accidente de coche sufrido en la infancia que le recorría en vertical el costado derecho. Por lo demás, su piel parecía carecer casi de textura. Ladeó la cabeza y se miró en el espejo con ojos oscuros, aliviado al observar que al menos su pelo había crecido hasta librarse de su severidad carcelaria. Un escuadrón de mosquitos zumbó en el rincón de la ducha.

Desde la ventana de la habitación, bajo la magullada luz de la tarde, vio un aparcamiento para coches, alrededor del cual había sido construido el motel. Se le puso la piel de gallina. Las luces comenzaron a encenderse en la distancia. El mundo giraba sobre sus goznes.

Echando la cortina a un lado, Lee alcanzó a distinguir dislocados segmentos de la pasarela que discurría por delante de su cuarto y de las demás habitaciones de la primera planta; las ventanas de las habitaciones situadas frente a la suya, una rodaja de tejado oxidado. Aparte de la ocasional bandada de pájaros

que salpicaban las nubes cada vez más oscuras, se veían escasos indicios de vida. Los terrados que se perdían en la distancia no le resultaban familiares, pero tampoco completamente ajenos, y Lee oteó el horizonte en busca de algún hito que le permitiera orientarse: un edificio, una colina, un cartel de neón, lo que fuese. Pero no había nada. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

Una pareja apareció abajo, en el aparcamiento del motel, discutiendo en voz baja. Resultaba evidente que ya habían vivido con anterioridad aquel momento, aquella discusión, quizá muchas veces. Sus gestos eran de hastío. Aunque el hombre se encontraba de espaldas a Lee, le resultó familiar. ¿Acaso podría tratarse de la persona que había embadurnado su estómago con desinfectante? Lee dejó que la cortina cayera y se desplazó hacia un costado de la ventana, apartándose todo lo posible sin dejar de observar a la pareja. Esperó a que el hombre se volviese, pero no llegó a hacerlo. Un trío de perros de amplio pecho aguardaba pacientemente sentado junto a los pies de la mujer, como maletas esperando a ser cargadas en el coche. La mujer se llevó una mano a la boca y desvió la mirada hacia el lado opuesto de la carretera, quizás esperando encontrar algo en lo que fijarla. Parecían haber llegado a una conclusión, una a la que ella únicamente estaba accediendo con reticencia. Era pequeña y nervuda. Mediana edad. Vestía una camisa blanca y holgada; una camisa de hombre, a juzgar por su corte, varias tallas demasiado grande. Se hinchaba en torno a su cintura con el viento. Un tentáculo de pelo oscuro dividía en dos sus rasgos, desde una de las sienes hasta el lado opuesto de la mandíbula. Al cabo de un minuto, se encogió de hombros, chasqueó los dedos en dirección a los perros y se dirigió hacia el coche mientras ellos trotaban a su alrededor, dejando que sus lenguas colgaran como rodajas de salmón.

Lee se alejó de la ventana y fue entonces cuando se percató al fin de la presencia de la maleta en el suelo, junto a la puerta.



Se la quedó mirando fijamente, con incredulidad. No podía ser. Miró a su alrededor y tragó. Era inconfundiblemente la misma, la que le había quitado a Stella. Su respiración se aceleró. Marrón y baqueteada, con remaches redondos de metal en cada una de las esquinas. En uno de los lados, una pegatina desgastada mostraba la imagen de una mujer jugando con una pelota roja en los bajíos de una playa. Un pez sonriente. *Je me baigne à Agadir*, que a saber qué diablos significaría. Lee apoyó una mano sobre el alfeizar metálico. De nuevo recordó a la mujer de la pistola, el modo en el que había negado con la cabeza parpadeando lentamente antes de apretar el gatillo, antes de que él pudiera pronunciar ni siquiera la más nimia de las palabras. *No o alto*. Sin tiempo para ningún tipo de ruego.

Ignorando el dolor que le atravesaba el costado, Lee se abalanzó sobre la maleta dando tumbos. Se agachó, tumbó la maleta en el suelo y la abrió. En el interior, apretados como cuerpos en una fosa común, se apilaban los coloridos fajos de billetes. Su pistola, la que le había entregado Josef, descansaba encima del dinero. Lee pasó una palma por encima de los billetes, como si estuviera rozando agua, y rió por lo bajini. No me lo puedo creer. No me lo puedo creer.

Y entonces el raspar de la puerta contra el sintasol, una corriente de aire frío en su espalda desnuda. Lee se volvió para ver que un hombre corpulento vestido con un abrigo ajado entraba en la habitación.

Ah, dijo el hombre con voz grave. Por fin te has despertado.